

# Todo es nuevo bajo el sol

Enrique Jaramillo Levi



LETRA

A  
NEGRA

# **TODO ES NUEVO BAJO EL SOL**

**Enrique Jaramillo Levi**

## ÍNDICE

Texto geminal

Confesión

A su lado

Justo a tiempo

Cambiar

Nadie

La oportunidad

Oídos sordos

Todo es nuevo bajo el sol

Pedir perdón

El haikú que no fue

Dadas las circunstancias

Dime tú

Dos versiones de la realidad pasadas por un mismo filtro

Matar el tiempo

Al grano

Contagio

Un pequeño desafío

Antes y después

Encuentro

Hasta que pasó aquello

Dime entonces qué hacer

Chiquillo de porra

Inútilmente

Basta

Una sola carne  
A mis espaldas  
Fractura  
Un hombre honesto  
Sueños de bacteria  
Sanseacabó  
Monterroso  
Dos y dos son cinco y medio  
En resumidas cuentas  
Fundidos  
A tuestas  
Es distinto  
Tres escenarios de impunidad, el mismo  
Para qué  
Twilight zone

## TEXTO GERMINAL

El conocido editor de curiosidades Tangencio Barrioviejo Rosales encontró el siguiente texto entre los desordenados papeles manuscritos del recientemente fallecido escritor Lisandro Javier Endecha, junto con otros muchos que finalmente recogió, ordenó y publicó en un libro que hizo rico al primero y célebre después de muerto al segundo, quien en vida padeció desempleo, soledad y un hambre crónica que lo llevó a la tumba. Lo damos a conocer como una muestra de dicha publicación, cuyo título es el que su autor había previsto en su propia escritura, admirada ahora, despreciada durante años de incompreensión e indiferencia. Los pocos amigos de Endecha aseguran que en realidad murió de tristeza.

*A menudo había alguien que miraba a alguien en sus cuentos. Casi siempre un hombre a una mujer o viceversa, aunque había variantes. En efecto, a primera vista resultaba bastante claro que en sus historias el autor se complacía privilegiando la mirada. No importaba si se trataba de un relato psicológico, policial, fantástico, erótico, onírico o metaficcional. Siempre era así, centrado todo fundamentalmente en lo que un narrador percibía a través de la vista. Y sin embargo, sus cuentos no eran de fácil comprensión. Porque a menudo resultaba que no había sencilla concordancia entre lo mirado y quien lo hacía. Y esa suerte de paradoja, ese sutil enigma, sólo era captado por quienes, con cierto grado de erudición y sensibilidad estética y filosófica, nada más al final del relato lo descubrían como una de las claves del peculiar estilo. Un estilo, por cierto, que dependía en gran medida de un lenguaje tendiente a la densidad y a la abstracción, mucho más que de un sostenido flujo narrativo. Una abstracción que, mientras creaba la atmósfera o los rasgos determinantes de cierto personaje –cuando*

*estos elementos existían-, no pocas veces reflexionaba en torno a los procedimientos de la historia y acerca de sus principales problemas. Por supuesto, resultaba innegable la filiación metaficcional de muchos de sus textos, y poco interesante ese tipo de escritura para quienes, mayoritariamente, prefieren ser entretenidos por sucesos que mantengan en vilo el interés del lector mediante una prosa anecdótica, amena, más bien fácil. Gente a la que más bien le gusta leer historias románticas o de acción. Quizá por eso este autor lo era más que nada de minorías, de quienes sin duda el principal abanderado resultó ser siempre él mismo. Así fue hasta su muerte, ocurrida a los noventa y ocho años. Y poco después, deslumbrado, yo lo descubrí.*

*Como editor de extraños textos híbridos quedé fascinado con los suyos: numerosos, diferentes, singulares. Nada complacientes. Su denominador común: la elipsis y la brevedad. Porque era más lo que no se decía en sus generalmente pocas palabras, que lo que podía realmente ser considerado una historia, a veces ni si quiera una simple anécdota. Y entonces me dediqué en cuerpo y alma a la ingente tarea de rescatar todo lo que había escrito ese hombre, de seleccionar a mi juicio los mejores textos –material tanto édito como inédito, por cierto.*

*Firmaba simplemente LJE, y muy poco se sabía de él, sobre todo durante los pocos años que sobrevivió al hambre y la soledad a principios del siglo xxi. Este mismo texto es una muestra de lo antes dicho: claramente germinal y sin fecha conocida, aunque alude sin nombrarme a mi persona, en realidad no lo escribí yo como pudiera parecer, sino él. Pero, tal era su ingenio y la maestría de su oficio, que en realidad fue concebido más bien como si fuera otro –yo, su futuro editor, por ejemplo- su verdadero creador. Es como si su autor, sin duda un hombre seguro de sí mismo y hasta vanidoso,*

*hubiera sabido que alguien aparecería en el horizonte de un porvenir literario en el que ya no estaría su presencia, y tras congrega y escoger lo mejor de entre sus numerosos textos miniaturistas dispersos, escritos a veces como un solo párrafo impetuoso o sutil, otros de no más de dos o tres cuartillas, les impone determinada secuencia y sentido ordenándolos al final como un posible libro, lo cual contradice la aparente dispersión. Un libro más bien intelectual, intenso, lúdico, diferente, a la espera de un editor sensible, que me da gusto publicar ahora en su nombre, y cuyo título él claramente previó, y que yo respeto escrupulosamente: Todo es nuevo bajo el sol.*

## CONFESIÓN

Nadie lo sabe, pero yo fui el autor del pavoroso incendio que acabó con la Biblioteca de Alejandría. Después de tanto rencor acumulado, de tanto maldecir los innumerables escritos que atiborraban la más grande e impresionante biblioteca de la época, y en cuyos jeroglíficos -para mí indescifrables- consumía su tiempo mi culta mujer, decidí destruir el célebre sitio en que se atesoraba por entonces el vasto caudal del conocimiento universal. Por mi mano conocieron el goloso fuego los incontables papiros, se volatizaron en corto tiempo incalculables signos en cuya continuidad reposaban las ideas, y poco después era como si nunca hubieran existido. Porque sin duda hubo llanto y desolación en esa oscura y fría noche de agosto donde antes hubo mucha luz espiritual. Hubo lamentos a raudales, sí, pero yo presencié el espectáculo más espléndido y majestuoso que ojos algunos hayan podido ver. Y todo por causa de mi mujer. Ella era hermosa, pero yo no la celaba con los posibles amantes que seguramente tuvo -hombres y mujeres del reino, quienes no ocultaban sus proclividades ni su linaje-, sino con los casi infinitos rollos de escritura que ahí reposaban. Era un secreto a voces en toda la región que nadie leía y meditaba más en lo leído que Agripina Augusta, romana de pura cepa, traída a Egipto como esclava y liberada por mí para así redimir también las penurias de mi corazón. Pero también se conocía el hecho de que, pasando el tiempo, nadie me atendía menos. Su tiempo y sus querencias, tras adquirir una nueva prosapia, muy pronto se ubicaron en los recovecos de esa maldita biblioteca. Por eso lo hice, y no me arrepiento. No soy un pirómano, créanme, aunque debo confesar que jamás sentí tanto placer como cuando comprobé la estatura regia y la voracidad de aquellas interminables llamas de prodigio. ¡Devastador resultó el efecto de mi súbita osadía! Porque debo decir

que aquello no fue algo largamente premeditado, sólo un arranque de inevitable locura. Después pasó el tiempo con una lentitud que antes no había desplegado. Pero en lugar de trocar la imposibilidad de sus horas de lectura por mis besos, mi mujer cayó a fondo en la depresión más atroz, y pronto murió acongojada ante semejante pérdida. Fue como si hubiera perdido a una madre y no pudiera reponerse del golpe. Y ahora el que muere soy yo, de similar tristeza, pues no tenerla siquiera a mi lado en su esquiva presencia es una forma de irse uno antes de tiempo al enigmático traspatio de los dioses, en donde digan lo que digan no hay seguridad alguna de volvernos a topar con nadie, ni siquiera con nuestra propia sombra. Valga esta confesión como un humilde testimonio, mas no como expiación, porque aunque me corroe la soledad, de nada me arrepiento. La escritura – véase si no el caso de mi mujer, fanática lectora- es mala consejera... Y sin embargo –¡oh paradoja!- inevitablemente escribo estas notas para que se sepa al fin la verdad. No hay otra manera de hacerlo. Las palabras, dichas sólo al aire, se las lleva el viento. Pero éstas deben prevalecer.

## A SU LADO

Envejecer a su lado no ha sido fácil. Más bien ha requerido de mi parte una actitud forzosamente serena, ayuna de sobresaltos, imbuida de una gran determinación y de una fuerza de voluntad insobornable. Insobornable, sí –el término es exacto-, ya que a cada rato he tenido ofrecimientos tentadores, oportunidades que será muy difícil que se repitan. Pero bueno, así es la vida. Una no tiene más que aferrarse a la dignidad de su conciencia y encerrarse en las faenas del trabajo, así como en una bien merecida reputación profesional, para no claudicar.

Y héme aquí, inamovible, dueña de mis actos y de mis actitudes, fiel a mí misma. Abnegada, fiel esposa, buena compañera, ducha en los cuidados para los que una buena enfermera había sido contratada al principio por mi propio marido para no importunarme con semejante carga –tan responsable siempre él, tan comprensivo y bueno-, y en la gracia de largas pláticas con él y a veces entre amigas. Pero el dinero empezó a escasear y asumí yo sola todas las tareas, todas las responsabilidades. Lo hice con gusto, voluntariamente, porque soy realista, y porque lo amaba. ¿Qué más se me podía pedir...? Hasta que conocí a Rafael Rodrigo Ugarte, VISITADOR MÉDICO, como dice su tarjeta de presentación. Aquí vino varias veces a suplirme recetas y a traerme medicamentos de difícil obtención en el mercado farmacéutico tradicional.

Me enamoré perdidamente de ese hombre guapo, quince años más joven, pero ni remotamente un chiquillo. Con su don de gentes, su especial sensibilidad y una hombría a flor de piel, me movió brutalmente el piso desde el primer momento. Nada fue ya igual, y no hubo vuelta atrás. Mi marido siguió teniendo el grueso de mis atenciones, pero mi mente y mis sentimientos estaban siempre en otra parte. Y un tiempo después, también

mi cuerpo antes marchito, que no tardó en rejuvenecer. Esta expresión no es un piadoso eufemismo ni tampoco una metáfora, sino una palpitante realidad que me permite sobrevivir al tedio cotidiano y a la lenta contaminación de la ajena enfermedad.

Todavía hace diez años fui feliz con mi marido –veinte años mayor que yo-, ahora lo soy con mi amante; y en lo que cabe –él no siempre está conciente o incluso lúcido- también sigo haciendo modestamente feliz a aquél. No se trata de un virtual triángulo, pues en la práctica mi marido en nada participa. Su vida toda es comer y dormir, ya muy poco habla. Y cuando lo hace es sólo para pedirme tímidamente la hora –inútil obsesión reciente, ya que no tiene compromisos ni obligación alguna-, o para decirme que lo cambie de posición y le rasque la espalda, sentado como está todo el día el pobre en su viejo sillón reclinable.

La vida da muchas vueltas. Pero a la hora de la verdad es la gente la que suele rasgar el seguro trayecto de su órbita y salirse de madre oscilando como un péndulo desquiciado o girando como un trompo ebrio sobre un súbito eje recién emergido de la nada. Mi caso, no obstante, difiere bastante de tal esquema. La pasión que hoy me incendia la he tenido que vivir en esta casa que comparto hace tantos años con mi marido, a fin de continuar a su lado supliendo sus muchas limitaciones y no descuidar su creciente dependencia de mí. Sólo en las noches, mientras confiado y tranquilamente duerme, me despego de su larga sombra y, fogosa como no lo hubiera creído ya posible, en brazos de mi amante vuelvo a ser mujer.

## JUSTO A TIEMPO

El niño, dormido, se rasca con ambas manos las comisuras de sus blanquísimas alas en el sitio en que se empotran toscamente en su irritada piel. No las tiene en su cuerpo en ese sueño en el que lleva rato volando con toda naturalidad en círculos sobre el techo de su casa. En realidad no las necesita. Nunca antes había visto las tejas rojas de aspecto antiguo, le sorprende desde el aire la forma de L del sitio que habita desde que tiene memoria, y que estando adentro no había nunca percibido. En su cama le pican mucho los costados y una y otra vez se rasca haciendo inconscientemente que las grandes alas laxas tiemblen y que la piel se le enrojezca. En una de sus vueltas aéreas ve salir por la puerta principal a su padre, planea unos segundos para observarlo mejor, la perspectiva lo achaparra y engorda deformando la pureza del recuerdo. Pero en ese momento, precisamente, se abre lenta la puerta de la recámara en donde sueña, y entra a contemplarlo su padre ¡Qué hermoso mi hijo! ¡Es un ángel, literalmente!”, piensa y sonrío. Se acerca al niño, va a acariciarle la cabeza ladeada sobre la almohada, pero lo que hace es deslizar sus dedos por la tersa superficie superior de una de las alas, la que se extiende hacia el borde derecho de la cama. En ese instante dentro del sueño el niño siente un desequilibrio súbito en su invisible tren de navegación, como si su andamiaje de volar trastabillara. Y empieza a caer. El padre sale de la habitación cerrando la puerta tras de sí, orgulloso. Aterrado, el niño siente que se desploma en picada y que no demora el piso que habrá de destrozarlo. “¡Cómo quisiera tener alas y elevarme!”, piensa justo a tiempo segundos antes de casi llegar a estrellarse, y despierta jadeante en su cama acurrucado dulcemente entre alas.

## CAMBIAR

Cambiar, quería a toda costa cambiar. No seguir siendo la misma tontita, bobalicona crónica, inocente víctima de todos. De los hombres, sobre todo. Qué culpa tenía ella de ser tan provocativa, por Dios santísimo que no era intencional. Sí, estaba harta. Habían sido demasiados años de frustración y sufrimiento, desde que era una chiquilla con tetitas incipientes. Demasiados los abusos semanales, y cada vez los pobres hijos que antes o después había tenido que dejar botados por ahí. ¡Pero es que también la chiquilla estaba demasiado buena, buenísima en realidad!

Se desnudó. De pie frente al espejo, lucía hermosa y tentadora, pero eso esta vez le dio mucha rabia. Ya estaba bueno de estar tan buena, de ser la causa de las mismas consecuencias de siempre... Haciendo de tripas corazón, se fue arrancando poco a poco la piel de la parte delantera del cuerpo. Delicadamente abría un fino agujero con una aguja de coser en cualquier parte del rostro hermoso o de los erguidos pechos o del vientre plano y terso como si nunca hubiera parido, y por la punta iba halando hacia sí tiras y más tiras como quien pela un guineo. Agradeció al cielo que aquello no doliera, que milagrosamente no sangrara, que fuera tan limpio y fácil el arduo procedimiento. Y así se estuvo durante horas, desollando cada parte externa de su ser, como una cirujana experimentada, hasta que se vació por completo por delante.

Largamente se miró de cuerpo entero. Si por detrás seguía en cueros, por el frente estaba en los puros huesos. Literalmente. Un contraste interesante, pensó. Le pareció gracioso que un reguero de tiras de piel –de su propia suave piel- alfombrara toscamente ahora el piso alrededor de sus grandes pies.

Se imaginó al policía, al contador, al veterinario, al ingeniero, todos del barrio y alguna vez amigos suyos, fornicándola a diversas horas contra su voluntad y que como siempre ella no sintiera nada, más ahora que sólo tenía el espectáculo de sus tristes huesos que ofrecer. Sin duda les parecería inadmisibles, repugnante incluso. Al fin la dejarían en paz.

Y de pronto tembló de angustia. Recordó que aún tenía sensible piel la otra tentación, la que desde jovencita meneaba sin darse cuenta al caminar, ese juego de bien torneadas, duras protuberancias nada despreciables, como se las mostraba el espejo con sólo torcerse un poco hacia un lado. Ese otro flanco –era como el remanente de una maldición- que hasta el momento aquellos hombres sólo habían sobado un poco al estar con ella o de paso hacia sus trabajos le daban una nalgada, pero que sobresalía más que nunca ahora, espléndido, obsequioso.

Entonces despertó, y supo que el calvario continuaba.

## NADIE

Como quien dice, se fregó el paseo. Todos me habían mirado como a unapestado por el sólo hecho de haber lanzado al vacío un estruendoso eructo imposible de ignorar. Dejaron de hablarme, me dieron la espalda, me aislaron, me ningunearon feamente. ¿Coño, qué vaina! Ni que fuera el gran pecador y todos los demás unos santos impolutos. Por el resto de las cuatro horas que permanecimos junto al río fue así. Cada quien siguió armonizando con los otros, y éstos con cada quien, hablando, cantando, bailando, echando chistes después, mientras yo me comía los hígados en un rincón virtual creado por su común actitud. Una desagradable mezcla de indiferencia y velada hostilidad. No crean que no intenté incorporarme, hacerlos razonar. Fue inútil. Esto me hizo sentir muy mal, y yo nunca me había sentido así. De repente me dio por correr hacia la orilla y lanzarme al río como un loco. Quería que me pusieran atención, que se preocuparan los que sabían perfectamente que yo no sé nadar. Me imagino que se quedaron como paralizados, estatuas de sal que miraban sin ver lo que ocurría. Y resulta que lo que pasaba era que de veras tragaba un montón de agua, mis pulmones a punto de estallar, por imbécil, y que ¡nadie, maldita sea, absolutamente nadie hizo nada, no movieron un dedo, carajo, por salvarme!

## LA OPORTUNIDAD

Tú sabes perfectamente bien que con esas cosas no se juega. Lo has comentado tú mismo muchas veces. Por tanto es inexplicable que hayas caído en eso. Realmente inaudito. Y terrible. ¿Ahora qué piensas hacer? Porque soluciones, lo que se dice soluciones, no hay. Sólo paliativos, formas de atemperar el mal, de retrasar sus estragos. ¡Qué vaina, Roberto! ¿Cómo pudo pasarte algo así? Lo habíamos hablado en varias ocasiones, tú mismo criticabas a quienes no tomaban las debidas precauciones o no eran capaces de refrenarse. En el fondo no es más que un instinto animal, decías, pero somos personas, tenemos razón y voluntad. ¿Qué te indujo a dejarte seducir como un principiante, ignorando tus principios y, en cualquier caso, el más elemental uso de un preservativo? Explícame.

No tengo justificación, pero sí, te explico. Ella es una mujer irresistible, voluble, visceral, instintiva, afrodisíacamente animal. Su imantación es adictiva, contagiosa. Simplemente no pude resistir el ímpetu arrollador de sus encantos, de su energía que entró en mi ser y tomó posesión de él. Era como si me hubiera hipnotizado, larga y radicalmente estuve bajo su poder, hizo conmigo lo que quiso porque perdí mi identidad, me salí de mí, fui más bien una parte de ella. Esto no es una metáfora, Julio, fue una sensación muy real. Sentí su energía, que ya era la mía, metida en las células del otro, del que segundos antes yo había sido. Y fue maravilloso, porque yo era ella y al mismo tiempo era yo, era poseído mientras poseía. Un solo cuerpo fuimos como en la Biblia.

- ¿Y el maldito condón?

- ¡Qué condón ni qué condón, ni me acordé que existía, y eso que en mi maletín cercano tenía un sobrecito recién comprado. En ese largo gozo compartido no me acordé ni cómo me llamaba.

- ¿Y ella?

- ¿Y ella qué?

- ¿Cómo se llama?

- La verdad es que nunca me dijo, tampoco se lo pregunté. Digamos que se llama T.

- ¿T?

- Sí, T de Tentación... y de TRAGEDIA.

- ¿Y ahora que vas a hacer?

- Empezar a morir mientras la recuerdo con odio y con amor.

- ¿Cómo puedes amar a una extraña, alguien con quien sólo estuviste una vez, y que descaradamente te contagió?

- ¡Aunque no lo creas, y es la primera vez que me sincero con alguien sobre este tema, nunca antes había estado con una mujer! Y la verdad es que no era cualquier mujer. ¡Era una diosa-demonio, irresistible! No podía perder la oportunidad. ¿Comprendes...? Yo necesitaba saber, tener al fin esa experiencia. ¡Para bien y para mal, fue maravilloso! Ahora pagaré las consecuencias. A mis cincuenta y nueve años, no es un precio tan alto.

- ¡Pero probablemente te vas a morir, Roberto!

- De algo hay que morir.

## OÍDOS SORDOS

*(Para mi hijo Enrique, con mi cariño)*

Es verdad que no hay que hacerle caso a las sandeces, y mucho menos a las mentiras, se dice Federico. Porque a palabras necias oídos sordos. Pero por más que trata de convencerse de la necesidad de permanecer emocionalmente al margen de las insinuaciones, de ciertas señales que percibe y que tienen toda la pinta de convertirse a corto plazo en diatribas y maledicencias fraguadas contra él, no deja de reconocer que tiene una espinita clavada en algún sitio que no es fácil ubicar, y que a falta de precisión –la verdad es que en lo que queda de su persona no hay casi de dónde escoger- habría que llamar simplemente alma. Una molestia, a veces angustia, que a ratos no lo deja dormir. Y es que uno no puede andar con tranquilidad por el mundo, o al menos en sus propios predios como Pedro por su casa, sabiendo que los colegas murmuran a mis espaldas, dudan de mi integridad, que tal vez varios de ellos traman incluso una encerrona intelectual o emotiva, buscan la manera de humillarme en el momento menos pensado para así asestarme en público –este no es el mejor término, lo sé- un golpe demoledor. Pero no puedo estar cuidándome siempre las espaldas, a la defensiva, pendiente de cada sugerencia, de cada posible movida. No voy a propiciar, yo mismo, el avance de una ansiedad que ya se torna enfermiza, que puede desembocar en paranoia. Porque, ¿y si todo esto no es más que inseguridad; incapacidad para adaptarme a la nueva situación, a este entorno tan poco definido, tan etéreo; si mis temores no fueran más que producto de mi imaginación? ¿Si ocurre simplemente –y como es natural- que estoy viendo fantasmas? Podría ser, por supuesto. Y, la verdad, con uno basta.

Entonces, recapacitando, desapareció.

## **TODO ES NUEVO BAJO EL SOL**

No muy lejos hay patos que maúllan lastimosamente y ranas que mujen con ternura. Por todas partes las rojas hormigas enormes dan saltos de canguro procurando alcanzar los colgantes frutos de ciertas ramas, mientras que los elefantes parecen estrepitosamente tortugas con caritas de cerdo. Y los peces anfibios se deslizan sinuosos por la vereda con destreza de serpientes cuando la hipersensibilidad que hospedan tras sus escamas siente acercarse a los rinocerontes volando entre los árboles como si los orientara un sistema de radar no obstante su enorme peso.

Alguien me dijo que el mundo nada más está poblado de cosas conocidas, lugares comunes la mayoría, que ya no hay nada nuevo bajo el sol. No es cierto. Hasta lo más trivial, sabiéndolo percibir e interpretar, es nuevo. Yo mismo soy un ser diferente, “nuevo”, en la medida en que dejé de ser el ave primitiva que antes era. A prudencial distancia, no me canso de observarlo todo. Desde la terraza de esta casa de campo lo hago todos los días, pese a que en realidad tales escenas, tan normales hoy en día, no hacen más que repetirse.

Si bien no puedo salir debido a que me tienen prisionero en esta jaula que construyeron sólo para mí, todavía soy un gran papagayo híbrido relativamente feliz. Trato de no dejarme abatir por el hecho de tener, desde mi nacimiento, pequeños pies humanos y en mi cabeza forrada de plumas rojas y amarillas esta odiosa facultad de poder recordar y razonar que me causa tanta angustia, porque de nada me sirve en realidad este par de alas, una blanca y otra verde, que apenas puedo desplegar aquí dentro sin que se me estrujen.

No cabe duda. Pese a lo rutinario de estas escenas que cada cierto tiempo logro divisar, contrario a lo que dice el dicho, en realidad todo es nuevo bajo el sol. Nuevo y cambiante siempre, nuevo y progresivo en sus metamorfosis. Tan nuevo que el calor de cada novedad que diviso se derrite bajo el acoso constante de los rayos de ese lejano sol como si tratara de cegarme. Un calor que a la vez es causa de terribles cataclismos por el descongelamiento de los cascos polares, dice el noticiero en la radio del dueño de esta finca. Hipercalentamiento global extremo, que le llaman. Y pensar que los que alguna vez fuimos del todo humanos somos los más recalcitrantes causantes del gradual descalabro de la atmósfera y, lo que es peor, de las mutaciones que asolan sin piedad a lo que queda de la humanidad, así como a la flora y fauna toda del planeta.

Me queda el consuelo de saber que en algún momento también mis opresores serán transformados en seres inferiores. Si no los somete otro humano, lo hará el galopante deterioro del ambiente.

## PEDIR PERDÓN

Quisiste pedir perdón, de veras lo quisiste, primero en tu mente, luego de palabra, pero la vergüenza te saturó de mutismo por dentro y agarrotó por fuera tu lengua y cuerdas vocales hasta que la oportunidad se te escapó por completo como un hálito. Y es que las culpas horadan todo resquicio de inocencia y además lo hacen torpe a uno. Entonces ella se fue alejando muy lentamente por donde había venido, a punto de derrumbarse mientras en su andar se movía con gran dificultad hasta convertirse en una sombra, y poco después en un recuerdo vívido que se impuso con fuerza hasta terminar ocupando del todo su lugar como si de pronto hubiera regresado, corporeizándose. Pequeñita y encogida, te pareció verla nuevamente; tan frágil como siempre –puros huesos y agrietada piel mustia-, sin poder hablarte ya, con la mirada fija en ti –triste paradoja- pero extraviada. Entonces, percibiéndola tan real, tan a la espera como siempre de tu voz aunque no pudiera contestarte, tembloroso musitaste: “¡Perdóname, mamá!” Pero al parpadear comprendiste desolado que estabas solo, completamente solo. Como de costumbre.

## EL HAIKÚ QUE NO FUE

Estaba decidido a escribir un haikú. Había leído en traducción miles de ellos en recopilaciones orientales de diversas épocas, estudiado la filosofía que sustentaba al género, repasado los numerosos temas y estilos. En verdad sabía todo lo que se podía conocer acerca de esa forma sencilla y a la vez profunda de escribir poesía en sólo tres versos de estrictas exigencias silábicas y una gran concentración. Pero una cosa es saber y querer, y otra es lograr hacer. Así se estuvo horas, y luego días y al final meses hasta cumplir el año de no poder lograrlo. Entendió que el asunto no pasaría nunca de ser más que un ferviente anhelo. Supo al fin que aquello no era en realidad lo suyo, pero seguía con ganas de crear algo. Así son, para bien o para mal, algunos escritores; y otros que quisieran serlo. Terminó escribiendo una glosa efímera en torno al haikú que no fue, y – ¡qué remedio!- se dio por bien servido. En el fondo cada quien conoce bien sus limitaciones, aunque a veces se niegue a admitirlas. Entonces inventa eufemismos, sustitutos, dudosas aproximaciones sacadas de la manga. Como este minicuento.

## DADAS LAS CIRCUNSTANCIAS

Habíamos hablado largo rato y apenas ahora, cansados, procurábamos reposar. Éramos cuatro –los demás no acudieron a la cita-, y hacía más de veinte años que no nos veíamos. Coincidimos en una reunión de exalumnos del colegio, convocada por los actuales directivos. Cada quien había tomado su propio rumbo, tres de nosotros salimos del país y echamos raíces en otros sitios, y sólo en esa ocasión especial volvíamos a vernos. Recordamos a no pocos de nuestros antiguos compañeros de clase, a ciertos profesores singulares, determinadas anécdotas hasta entonces semiolvidadas. La memoria tuvo esa noche de noviembre un festín insospechado, y todos lo disfrutamos plenamente. Así lo manifestamos al final de la velada, poco antes de intercambiar teléfonos y direcciones, a punto de despedirnos.

Pero a veces hay un feo pelo extraño en la rica sopa o, peor aun, descubrimos una mosca flotando en ella, lo cual nos arruina por supuesto la cena. Cuando ya casi nos íbamos, Rubén Alfonso Arteaga, quien siempre fue el más payaso del grupo, probablemente sin malicia alguna soltó una bomba en medio de aquel ambiente distendido y grato, causando que la atmósfera se crispara en un segundo.

- Oigan, ¿qué fue de la chica aquella, Francisca Lazo, una pelirroja pecosita que le quitó la novia al profesor Lombardo, el más joven de todos los docentes? –preguntó de pronto. -¿Se acuerdan de ella, tan exuberante siempre, tan sensual y endemoniadamente femenina? Ahora hago memoria, creo que hasta fue mujer tuya primero, no Raymundo?

Resultó que Francisca había terminado casada precisamente con Raymundo y por supuesto no lo sabíamos. Él se puso muy pálido, muy molesto, y confesó que ella era ahora su esposa fiel. Pero la indiscreción de Arteaga no tenía límites. Como si Raymundo

no hubiera dicho lo que dijo, como si no estuviera presente, el muy imbécil se pone a decir que aquella chica había sido la auténtica pionera del lesbianismo en la pequeña ciudad en donde vivíamos todos por entonces, “porque recordarán que por aquella época no se estilaban esas cosas”, y para colmo cuenta que una vez la pilló en el cine besándose con no sé qué señora encopetada. “Tenía fama de ser más arrecha que una gata en celo”, siguió diciendo como si nada, ignorando la expresión cetrina en el rostro contraído de Raymundo, sus manos tensas sobre los brazos del sillón. “Parece que aunque se acostaba a diestra y siniestra con hombres y mujeres de cualquier edad y estrato social, definitivamente prefería a éstas”, añadió poco antes de que Raymundo, corpulento y fuerte como ninguno, le asestara un tremendo puñetazo en medio del rostro haciéndolo irse de espaldas contra el piso. Le dejó bañada en sangre y partida la nariz, dio media vuelta y se fue sin despedirse.

A la mañana siguiente encontraron muerto, acuchillado en su carro, a Raymundo, frente a su propia casa, poco antes de dirigirse al trabajo. Y Francisca -la maldita nunca me hizo el menor caso-, había desaparecido del mapa, y por supuesto es a quien llevan meses buscando. Pero en todas partes se cuecen habas y yo, la verdad, dadas las circunstancias, tuve mis razones para decir lo que ayer dije, y para luego hacer lo que hice. Ni modo que el cabrón me haya roto la nariz y siguiera tan campante.

## DIME TÚ

–Dime tú qué quieres hacer, mi amor, qué quieres que yo haga, porque esto es cosa de dos, un problema de ambos, ya el tiempo de adjudicar culpas, de señalar culpables, de exigir perdones como dogmas absurdos definitivamente pasó, ¿no crees? Los dos “pecamos”, y sin embargo creo que queremos seguir juntos, reconciliarnos, creo que esto último ya quedó claro, ¿no?

Todo oídos, me escuchaba humilde en su actitud, dispuesto a dialogar, a despojarse de las viejas exigencias y de las siempre acechantes altanerías que solían dañar la relación cuando se jactaba de ser más joven y culto. Tanto él como yo nos habíamos sido infieles casi al mismo tiempo, incluso durante un período muy similar, eso ya había quedado establecido. Lo curioso es que, tiempo después, lo descubrimos el mismo día. Cada quien tuvo en ese momento su explosión de incredulidad, de rabia y de rencor; y en seguida nos sentimos genuinamente ofendidos, traicionados, pero a la vez asumiendo que el otro no sabía nada acerca de la propia aventura. Parece que así es la naturaleza humana, o al menos la de este tipo de situaciones. Hacemos lo que no queremos que nos hagan, porque eso tiene su parte fascinante, como todo lo prohibido, lo que entraña riesgo o peligro pero a la vez desafío y un posible placer intenso o intrigantemente desconocido.

Alberto, que siempre fue el más locuaz y seguro en sus cosas, se había quedado callado, mirándome fuerte, escrutándome los pensamientos, las emociones, sin conseguirlo, claro. Porque una cosa es que la convivencia de años te deje costumbres fijas y el conocimiento de la forma de ser, ya bastante previsible, de tu pareja, y otra muy distinta que ante circunstancias del todo inéditas puedas saber cómo habrá de reaccionar.

Y esa era la primera vez que nos poníamos los cuernos, y bien puestos. Un poco por el aburrimiento que trae consigo la rutina, y otro tanto por libidinosos, esa es la pura verdad.

- No, dime tú –exclamó de pronto. Dime cómo arreglamos este lío sin que destruyamos para siempre nuestra convivencia de dieciocho años. Yo ya terminé con la otra relación, ya te lo dije. ¿Lo has hecho realmente tú?

- Sí, ya te lo había dicho también: es un capítulo cerrado. Pero tú no me crees, ¿verdad? Porque si no me crees tampoco tengo por qué creerte yo.

- Espero que la duda no quede por largo tiempo en ambos, y menos esta desagradable sensación de angustia latente. Aunque es natural, después de todo no fue poca cosa lo que hicimos...

- ¿Estás dispuesto a vivir con eso, o lo que es lo mismo, conmigo?

- No será fácil, pero creo que sí. ¿Y tú?

- Claro, no será fácil, Alberto, pero sí. No me mires así... ¡Sí!

- Está bien. Intentémoslo entonces –dije, y nos abrazamos con cierta extraña timidez que jamás había existido entre nosotros.

Tres meses más tarde, irremediabilmente, nos separamos de forma desagradable, casi violenta. No fue nada grato descubrir, por pura casualidad, que en realidad habíamos tenido el mismo amante. Para colmo, después de cavilar un poco, el muy cínico llegó a decir que si esa coincidencia no intencionada nos había distanciado en su momento, ahora debía unirnos más que nunca el saber que llegamos a compartir una misma pasión. Lo dijo exaltante, como si de repente le pareciera una gran proeza, más que una desafortunada casualidad. Hasta le brillaban los ojos. ¡Casi le rompo la cara al hijoeputa de Nacho.!

## **DOS VERSIONES DE LA REALIDAD PASADAS POR UN MISMO FILTRO**

Me regañó en público por ser tan pesimista, por ver todo tan negativamente siempre, por ignorar las tantas cosas bellas de la vida, por cerrarle a priori cualquier ilusión a la esperanza. Me dijo que por eso nadie quería ser mi amigo, que yo mismo tenía la culpa de ser un solitario, de que la gente me aislara sin contemplaciones. En todo momento estuvo aludiendo al estrecho marco de referencias de mi perspectiva al enfocar yo situaciones y posibilidades. Era lamentable, concluyó, que yo fuera incapaz de salir de mi patética concha de ficticia autodefensa con la que pretendía protegerme como si el mundo entero conspirara para derrocar mi pretendida intimidad. Incluso llegó a afirmar que mi supuesto carácter reservado y agorafóbico podía llegar a constituirse en un auténtico peligro, no sólo para mí sino incluso para la sociedad.

Cualquiera que lo oyera hablar con tanta seguridad y parsimonia, en forma tan esclarecida, dando por sentado determinadas verdades y pontificando en torno a ellas como un docto maestro de la Grecia antigua paseándose por el Ágora, hubiera pensado que tenía razón en todo, que el equivocado permanente, recalcitrante, necio a más no poder, era yo. Acaso hasta yo mismo podría llegar a creerle, de tan seguro que se mostraba perorando acerca de alguien a quien ni siquiera conocía realmente, alguien que por mucho tiempo –demasiado- lo dejó regañarme falsamente ante propios y extraños sin que hubiera consecuencias. Pero, para bien o para mal, siempre, siempre hay consecuencias. ¡Siempre!

Además, las cosas no eran así. No lo eran entonces y no lo son ahora y mucho menos lo serán mañana cuando ya no despierte de su larga siesta invernal. Al contrario, las cosas son exactamente al revés. El solitario, pesimista aguafiestas siempre ha sido él.

Yo he contemplado desde lejos su condición de sofista empedernido desde el mirador permanente de la parranda edificante y de las más variadas y exitosas relaciones políticas, económicas, sociales y culturales. Eso, sin duda, ha sido motivo de envidia e iniquidad.

Cultivo más que él el don de la palabra porque mi verbo es necesario y elocuente, y mi prosa dignifica con su sola existencia la escritura. El demagogo es él, quien ha procurado siempre hacerse pasar por alguien tan cultivado como yo, siendo en realidad un ser del todo gris, al que nadie toma en cuenta. Todo lo que dijo de mí era la más precisa descripción de su propia identidad enmascarada. Un pobre diablo incapaz de convencer a nadie de sus mentiras porque la verdad es siempre más visible que la oscuridad pese a los artificios de la retórica. Un ser opaco, difuso, a menudo enredador, al que sin embargo, por si tarde o temprano pudieran llegar a creerle y así dañar mi esforzada imagen, puse a dormir para siempre para que no me jodiera más. ¡Nunca, nunca más!

## MATAR EL TIEMPO

(para Diego Quijano)

Le gusta matar el tiempo. Aunque no tenga nada que hacer, necesita hacer cualquier cosa, ocuparse en algo. Pero en más de un sentido, matar el tiempo se le va tornando una cosa literal. Por lo que todo el santo día se la pasa mirando el reloj en su muñeca izquierda, inquiriendo por la hora exacta. Siempre preocupado por la minucia de los minutos y los segundos transcurridos, vigentes o por transcurrir, mientras en su cabeza bullen generosas las imaginaciones, los inventos, las fantasiosas escenas que a menudo se apropian de su ser. Así es él, simplemente. Un hombre que no puede vivir sin saber en qué punto milimétrico del tiempo está ubicado el mundo, al menos el suyo, tan personal, tan de nadie más; y qué va a pasar instantes más tarde, preferiblemente frente a sus ojos. Y que sin embargo no tienen ningún empacho en dejarse confundir por las borrosas fronteras de lo real y lo imaginario, en no reconocer siquiera la existencia de tales límites. Porque si bien no confía racionalmente en los aludes que descarga sobre él la imaginación -por algo la bautizó Santa Teresa como *la loca de la casa-*, en un nivel más profundo sabe muy bien que no podría vivir sin ese rico mundo interior, por lo que busca sujetarlo (o intentar sujetarse) midiendo el paso del tiempo. Contradicciones, pues, que tenemos los humanos, se justifica las pocas veces que piensa en ello.

En cada pared de su casa hay, por supuesto, un gran reloj siempre dispuesto a ser escrutado, hurgado en busca del dato preciso, certero. Y cuando sale a la calle, el inseparable reloj pulsera -duerme y se baña con él puesto-, más que un compañero fiel, es un confidente; algo en lo que se puede confiar sin temor a dobleces ni zancadillas; casi un alguien corpóreo, palpable, que daría la vida por él, y él por aquello. Hasta el día que

no encuentra por lado alguno el bendito reloj. En algún momento, subrepticamente, se había evaporado en sus propias narices. Sin dejar rastro. Y con el reloj pulsera –¡cosa insólita!-, también su mano toda, y una parte considerable del brazo, del que sólo queda el perfectamente suturado muñón.

Procura no alterarse, no dejar que el terror le clave sus garfios de duro extrañamiento. Lo raro no es tanto que desapareciera de pronto el reloj -aunque la verdad es que no deja de ser rarísimo, claro-, sino que también quedara él mismo sin una parte tan visible y necesaria de su ser, así, súbitamente, como en un acto de magia cruel. Entonces, de pronto, complacido, se da cuenta del engaño, pues todo no es más que un sueño, un sueño del que aún no despierta, del que ahora tiene plena conciencia. Le hace gracia, pero a la vez le asusta la sola noción de que tal cosa pueda llegar a ocurrir. Por lo que se reconcentra, procurar difuminar el miedo, empieza a sentir cómo bulle una nueva energía en su mente, y se dispone a despertar. Y en efecto despierta.

No sólo no están a la vista la mano y parte de su brazo izquierdo, y por tanto tampoco el reloj de sus amores, sino el resto de ese lado de su cuerpo, una desaparición hudinesca, aterradora, brutal, que abarca desde los pies hasta la cabeza. Como si lo hubieran cortado limpiamente por la mitad, a sierra pura, sin ostentación de ninguna clase, y además sin sangre, pero con obvia premeditación y alevosía.

Su otra mitad, la que queda, ésta que piensa –pero en su cuerpo mutilado no hay dolor-, se siente perdida, como en efecto lo está, y en seguida, irremediable, fluye el pavor. Porque comprueba que esta vez no sueña, que su tragedia es real. Así lo anticipa, aterrado, segundos antes de que, efectivamente, con saña –cosas de escritores-, para terminar de matar el tiempo de un plumazo yo borre del mapa -¡pobre piltrafa!- lo

que queda de él, tan contradictorio, tan poco creíble, para qué lo quiero así. Y a otra cosa mariposa.

## AL GRANO

Pasaba el tiempo y ella no llegaba. Una y otra vez, angustiado, miraba el reloj, caminaba por la sala y el corredor que daba a las recámaras, volvía a la mesa del comedor, una vez más miraba su reloj, se sentaba... El teléfono de casa inoportunamente dañado. Si tuviera un celular como ella la hubiera llamado, pero nunca quiso tener uno. Pensó siempre que le complicaría la vida, le quitaría tiempo precioso que podía emplear en otras cosas, y sin embargo cómo le gustaría llamarla ahora y confirmar que estaba bien. Se paró otra vez y empezó a caminar. Entonces sonó el timbre de la puerta. Palideció. Era muy inusual, y a esta hora de la noche, ¡Algo le había sucedido! Corrió a la sala, respiró fuerte, abrió de golpe la puerta.

– Le mandan esta carta – dijo el hombre de mediana edad, calvo, con cara de mayordomo antiguo, que le tendía un sobre sin mayor protocolo, un perfecto desconocido que obviamente sabía quién era el que tenía enfrente. Se disponía a preguntarle por la persona que mandaba la carta, pero el calvo se dio vuelta y rápidamente se fue caminando antes de que pudiera articular su pensamiento.

*Andrés: Esta carta, que no esperabas, podría por supuesto hablar de todo un poco, pero prefiero ir al grano lo antes posible dadas las circunstancias. Comienzo por decirte algo que es probable que no sepas: me has hecho perfectamente infeliz durante gran parte de nuestra relación de quince años. Mi cariño inicial se fue convirtiendo primero en fastidio y luego en desprecio. Sí, lograste que poco a poco aprendiera a detestar muchas de tus costumbres. Enumero sólo algunas, en el orden en que se me vienen a la mente: almorzar y cenar siempre a la mesa sin camisa, lavarte los dientes una vez al día y sólo cuando te lo recordaba, comer a tus anchas como un cerdo y nunca*

*hacer ejercicio, roncar desafortadamente todas las noches de Dios o del Diablo, tocarme las nalgas en público, meter las narices buena parte del día en un maldito periódico y no levantar la cabeza durante horas, no ayudarme en absoluto en la cocina, jamás tender tu cama, pretender que te cocine siempre porque no sabes ni freírte un huevo, no saber seguir instrucciones en manuales ni arreglar nada eléctrico o mecánico, con el pretexto de que tu carro siempre está dañado pretender que yo sea tu chofer todo el santo día, estornudar sin taparte la boca, alardear de que no crees en Dios ni en los santos pero invocarlos como desesperado cada vez que te sientes mal o crees que te va a pasar algo; en fin, podría continuar indefinidamente, e incluso escribir un libro documentando mis quejas...Termino anunciándote que me he ido de la casa y que no pienso volver. Es que ya no te aguanto un día más. Verás en el clóset y en las gavetas de la cómoda que ya me llevé mi ropa y demás cosas. Nada te debo. No preguntes por mí, no me busques. Esto es el final. Al fin.*

Andrés, jubilado, inepto, enormemente panzón, sudando frío, se desplomó en el sofá y se puso a llorar como un bebé. Probablemente porque, desde cualquier punto de vista, lo era.

## CONTAGIO

Hay enfermedades cuyo contagio es inevitable en ciertas circunstancias. La rubéola, la varicela, el sarampión y algunas otras que no recuerdo ahora, sobre todo cuando uno es niño y, quizá por eso mismo, materia involuntariamente dispuesta. A mí me dio de todo, y más era lo que pasaba recluido en cama que en la escuela o jugando en la calle del barrio. Y no cabe duda de que mi madre, tratando de cuidar al máximo mi salud, me sobreprotegía. De lo que no pudo aislarme es del amor. O de lo que en esa época –trece años- yo creí que era el amor.

Desde que llegé a la cuadra me gustaba la vecina. Iris, era su nombre. Me llevaba tres o cuatro años, pero igual me gustaba. ¡Era hermosa! Alta, rubia de cabello largo y lacio, bien desarrollada, parecía una gringuita sin serlo. Lo que más me tenía fascinado, además de sus pechos siempre erguidos, era su voz, curiosamente baja y extraordinariamente sensual. Al menos a mí me lo parecía. Recuerdo que esa voz suya se me antojaba insinuante, seductora, y que con sólo escucharla me excitaba. Aunque por mucho tiempo prácticamente ni me dirigió la palabra, yo sentía que a menudo se me quedaba mirando, me sonreía, y que las pocas veces que me hablaba lo hacía con cierta intención y, sobre todo, con esa voz intensa y acompasada, llena de sugerencias, prometiendo osadías. Llegué a convencerme de que sólo a mí se dirigía de esa manera.

Un día me armé de valor y fui a su casa, toqué a la puerta y, cuando abrió –vivía con su madre y su padrastro- tartamudeando le pregunté:

- ¿... Puedo... invitarte al... cine...?

Se me quedó mirando largamente, y casi me desmayo cuando con gran desenfado contestó con esa su voz envolvente: - Claro, ¿por qué no, Miguel? Me encantaría. ¿A qué hora pasas por mí?

Le dije que a las cuatro de la tarde. Me sonrió, cerró la puerta y yo pensé que el corazón se me saldría del pecho.

En la oscuridad de la última fila nos besamos, ahí mismo se dobló sobre mi vientre y me hizo lo que nunca imaginé posible. Por supuesto, jamás nos enteramos de qué trataba la película. Ni falta que hacía.

Muy pronto, aprovechando que sus padres trabajaban todo el día, en su propio lecho me enseñó ese verano todo lo que se puede saber del sexo. Era golosa, insaciable. ¡Era maravillosa! Y semanas más tarde, poco antes de que su familia se marchara con ella a vivir a California, me pegó una tremenda gonorrea. No tuve tiempo de reclamarle. Menos mal que ya era una enfermedad curable.

## ANTES Y DESPUÉS

Suelo matar a una o dos personas cada tanto tiempo para no perder la costumbre. No es bueno anquilosarse por pura pereza ni por temor a las consecuencias. Uno debe exacerbar el potencial dormido del cuerpo y el espíritu. Porque sin duda matar, en cualquiera de sus modalidades, es una sublime actividad, un ejercicio de lo más completo, y hasta entretenido. Aunque, por supuesto, hay que hacer las cosas bien, con destreza y responsabilidad. Detesto a esos impostores que andan por ahí jactándose de no sé cuántos asesinatos, y en realidad sólo hacen trabajos burdos que denotan gran torpeza, producto de la improvisación, el apuro o el deseo de figurar. No, no; yo no soy así. Nadie podrá decir que mi labor no es profesional. Para mí matar a alguien es un arte. Como tal, cada acto tiene la obligación de ser único, provocadoramente creativo en su planeación y desempeño. Como el que estoy a punto de cometer, sin duda mi obra maestra.

Entonces, atrozmente demoledor: el estruendo. La imagen estallando en el gran espejo antiguo que la contiene, instantes después de duplicarse la erguida figura sonriente que se miró jalar la espoleta de una granada: desintegración brutal, preámbulo del caos. Humo, polvo y desconcierto después, y en seguida silencio.

## ENCUENTRO

Se me queda mirando, insiste, me intimida cuando empieza a sonreír, lentamente se acerca. Llega hasta mi asiento y se inclina con desenfado como para decirme “Me gustas, ¿sabes?”, pero sólo se me queda viendo sonreída. Y yo, indefenso, del todo cohibido, no sé qué decir. No creo que sea una puta, pero puede serlo, claro. Está buenísima la chiquilla, un empaque estupendo con su minifaldita que exhibe un par de piernas muy bien torneadas, los senos pequeños pero provocativos tras la blusa ligera como queriendo ser liberados, el ombliguito al aire invitando con su redondez perfecta la punta de mi lengua... Y esos sus ojos negros, esa mirada que no cesa, que desafía el qué dirán y sobre todo el qué diré, sugieren tantas cosas... Sugieren algo que bien podría ser “quiero conocerte, hablemos”, o simplemente “necesito estar contigo, me gustan los hombres de edad madura...” Me parece que la escucho pensar, que me habla con la mente, con los ojos, con su cuerpecito exuberante frente a los míos, al alcance de mis manos, de mis labios que se han quedado sin palabras. Yo me incorporo, noto entonces que le doblo casi la estatura, incluso la edad; pero qué importa si es bellísima como una irreverente tentación del paraíso; es evidente que yo le gusto, que ella en verdad me gusta muchísimo –¡tiene un cuerpo imposible de describir sin caer en el lugar común y la autocomplacencia!-; es obvio que me está costando horrores encontrar las palabras adecuadas para invitarla a irnos de aquí de inmediato para empezar a conocernos, para intimar sin más dilación. Cuando al fin me dispongo a romper ese silencio que ya se hace embarazoso, que tiene pendientes de nosotros a quienes cenan en las mesas cercanas del restaurante y ahora nos miran, olvidados de su propia comida y su anterior conversación; cuando me voy a atrever al fin a decirle que me acompañe a algún sitio y estoy por

tomarla suavemente por la cinturita de avispa, la chica suelta una nerviosa carcajada, se empina sobre sus tacones altos y me abraza el cuello, me besa rápidamente en la mejilla, y de pronto, propiciando mi estupefacción, con un gesto espontáneo, adolescente, exclama melosa, un poco seria ahora pero sin rencor:

– ¿No me reconoces, papá, después de tantos años? Bueno, es natural. Yo era una nenita de tres años cuando nos abandonaste. Te he rastreado en varias ciudades, y al fin te encuentro. ¡Necesitaba saber que estabas vivo, conocerte, preguntarte por qué lo hiciste así, sin ninguna explicación!

## HASTA QUE PASÓ AQUELLO

Pero es que esa chica me gustaba tanto, era tan bella, tan encantadora, yo no podía dejar de mirarla, por mucho tiempo no le quité los ojos de encima ese primer día en el colegio; y ella nada, fingía no verme, no saber que existía. Pero bien que sabía, lo supe después, lo sabía muy bien, hasta había hablado de mí con sus amigas, llegó a elogiarme el bronceado cuerpo forjado con pesas y natación constante, “me encanta ese porte suyo tan viril, tan apuesto” dijo, incluso comentó que le gustaría ser mi novia. Y sin embargo a mí me ignoraba como si fuera un apestado, me hacía sufrir. Hasta que pasó aquello.

Como en las películas más cursis me tocó salvarla una vez en la piscina en donde yo era salvavidas. La muy tonta resbaló en la orilla mientras la miraba, cayó al agua en la parte honda, y ya empezaba a ahogarse cuando me lancé a rescatarla, lo logré con facilidad, temblando me dio las gracias poco después, y por mucho tiempo fui su héroe y a la larga su amante. Hasta que pasó aquello otro.

Estábamos haciendo el amor muy a gusto, ella gemía como siempre, se retorció como una viborita bajo mis embates, pero de pronto me distraje pensando en el examen que tenía esa noche en la universidad y de un momento a otro ya no pude seguir, me fui desinflando. Ella primero se quedó muy quieta tras el sofoco anterior, en seguida se puso seria, y poco después le fue entrando la risa, se desató en carcajadas, la muy estúpida se burlaba de mí, me humillaba, sentada en la cama con los senos aún erectos y la respiración ya tranquila me miraba como a un pobre diablo. Hasta que se levantó, me dio la espalda, empezó a vestirse, ignoró mi existencia como aquella primera vez en el colegio, ya se iba a marchar dejándome ahí desnudo y humillado; y no pude, de verdad que no pude, señor juez, soportar tamaña afrenta. Entonces, para impedir que se fuera,

por temor a que le contara a todo el mundo lo ocurrido, le dije que si no se quedaba para darme una segunda oportunidad la mataría. Se lo dije en serio, pero no me creyó. Otra vez empezaba a reírse, a burlarse de mí, desde su altiva belleza radiante hacía pedazos mi ego, mi reputación, mi futuro, señor juez, entienda, y yo no podía permitirlo, no podía. Por eso lo hice. Con mis propias manos lo hice. Ella me obligó. Pensé que me afectaría, que lo que hice me dejaría devastado, tal vez hubiera sido así, probablemente, hasta que pasó aquello último.

No me lo va a creer, pero después de muerta tuve una erección tremenda, realmente increíble, la que antes había necesitado, pese a que estaba vestida. Entonces la desnudé. ¡Estaba más hermosa que cuando vivía, moradita la cara, más deseable que nunca, el cuerpo todavía tibio aún olía a sudor y sexo, y eso me excitó más! Así es que rápidamente la coloqué en la mejor posición posible, un par de duras almohadas bajo las nalgas, piernas bien abiertas, y sin poder ya contenerme le hice el amor, se lo hice como nunca antes, con extrema pasión, con todo mi amor, porque yo sabía muy bien que no tendría otra oportunidad de demostrarle que seguía amándola, y que además no había perdido mi hombría. Ella se quedó ese tiempito con los ojos muy abiertos y sé que de alguna manera me atisbaba, veía mi ardor, la ansiedad que me embargaba, yo la sentía mirándome, un poco extrañada pero mirándome, sin duda sorprendida pero sin dejar de mirar el ímpetu con que la montaba y como en nuestros mejores tiempos la penetraba hasta el agotamiento. Aunque no se movía y estaba en silencio estoy seguro que reconoció dentro de su ser la fuerza de mi desfogue. Esa es la verdad, señor juez, qué sacaría yo a estas alturas con mentirle.

Cuando terminé fui respetuoso y, antes de volver a vestirla, le cerré las piernas. Y por supuesto, luego con delicadeza también los ojos para dejarla descansar en paz.

## **DIME ENTONCES QUÉ HACER**

Dime entonces qué hacer, cómo comportarme contigo, porque la verdad es que nunca se sabe. Un momento eres una cosa y al rato otra. A veces te comportas de cierta forma, obligándome a imitarte, y en otras ocasiones haces lo contrario y me arrastras contigo. Siempre errática e imprevisible, siento que nunca puedo del todo complacerte. No hay cómo sincronizarnos a la perfección como indicaría la lógica... Bueno, está bien, me quedaré callada. Haz lo que quieras. Tú mandas.

La imagen dejó de articular su lenguaje silente, lo que al otro lado aprovechó la mujer para dejar de mirarse en el espejo, provocando así la automática extinción de su doble. “En efecto, yo mando”, afirmó al dar media vuelta y alejarse altanera, triunfante.

## CHIQUILLO DE PORRA

Hay niños que no me gustan, sobre todo cuando son groseros, muy pagados de sí, ostensiblemente autosuficientes. De éstos que te ignoran, te irrespetan o simplemente actúan como si no existieras por el solo hecho de ser un adulto que está fuera del radio de su interés. Y es que yo no soporto que me ignoren, bastante sufrí de joven. Mucho menos mi propio sobrino y además en frente de todo el mundo. Por eso, la tarde de la fiesta en casa de mi hermano, en un momento en que nadie andaba cerca logré ponerle un pañuelo en la boca, vendarle los ojos y amarrarle pies y manos después de darle un golpe en la cabeza con un bate de béisbol, sin que nadie me viera hacerlo, por supuesto. Aunque tiene nueve años es bastante chaparro el condenado, así es que simplemente me lo eché al hombro con facilidad y lo encerré en el baño. Ahí lo mantuve secuestrado –cerré por dentro y permanecí con él, en silencio para que no me reconociera- hasta que pude sacarlo por la ventana de atrás y meterlo al baúl de mi carro. Por suerte viven en planta baja y esa ventana da a un callejón en donde me había estacionado. Quería darle una lección al chiquillo de porra. Pero al final el que me la dio fue él.

Lo tuve en el sótano de mi casa de campo una semana. Sólo le destapaba la boca dos veces al día para que comiera y bebiera lo que yo mismo le servía. Por supuesto, al principio aprovechaba para gritar, quejarse... Pero pronto se dio cuenta de que era mejor ingerir comida que perder sus energías y multiplicar el hambre. No es tonto el niño. Ah, y necesariamente tuvo que hacer sus necesidades en los pantalones porque durante mucho tiempo no lo desaté. A la semana era un espectáculo patético, y me compadecí. Tuve varias debilidades: cambiarlo de ropa –fui especialmente a comprarla-, sacarle el pañuelo de la boca y permitirle avisar cuando necesitaba desalojar la vejiga o los intestinos. En

cuyo caso le desataba los pies y yo mismo lo conducía al baño y lo ayudaba, ya que sus manos permanecieron siempre atadas.

En una de éstas, estando sentado en el escusado, tuvo la desfachatez de reclamarme: “Usted no sabe limpiarme”. Y entonces se me escapó decirle de mala manera: “¡Pues entonces quédate sucio, chiquillo de porra!”, y por supuesto me reconoció. Yo era la única persona que siempre le decía así. “¡Tío Ernesto, exclamó muy sorprendido, es usted! ¿Por qué me hace esto?” No supe qué decir ni qué hacer. “¿Por qué me trata así, con tanto odio?”, añadió para mi sorpresa. Entonces le contesté: “Quise enseñarte una lección, castigarte”. “¿Pero por qué? ¿Qué le hice yo?” Sin pensarlo le espeté: “Porque jamás me saludas, siempre me ignoras, haces como que no me ves, como que no existo...” Se quedó callado. Pero casi enseguida me propuso un trato. Con una sencillez elocuente que me desarmó por completo, me dijo: “Déjeme ir y le prometo dos cosas: no acusarlo de nada y saludarlo siempre con cariño de ahora en adelante.”

Conclusión: lo solté, lo alimenté bien y lo llevé a su casa. Él le dijo a sus padres que alguien, a quien nunca vio, lo había secuestrado pero que pudo escapar. La verdad es que cumplió sus promesas, porque no sólo me saluda efusivamente cada vez que me ve sino que se ha convertido en un hijo para mí, haciendo menos solitaria mi vida. Parece mentira, pero nunca hemos hablado de lo sucedido.

## INÚTILMENTE

Te irás caminando sin mirar atrás, tratando de huir de eso, de no pensar, procurando sentirte renovado, libre. Te obligarás a olvidar, con dificultad lo lograrás un rato. Tal vez te pongas a silbar, a cantar incluso, pese a tu pésima voz. Acelerarás el paso, lo mantendrás así, rápido, energético, pletórico de crecientes bríos. Pronto habrás empezado a trotar, luego a correr. Será como una desesperación en aumento, siempre en aumento, lo que te impulsará a desplazarte a toda mecha, como en tus viejos tiempos de corredor de pista y campo. A la larga te faltará el aire, claro, tendrás que disminuir la velocidad. Ya no podrás ser lo que alguna vez fuiste, no en balde la edad, el poco ejercicio, la mala vida que te has dado... Al fin te detendrás. Tendrás que hacerlo, no aguantarás la taquicardia galopante. De pronto te sentirás mareado, confundido. Algo en ti explotará como un dolor renovado, como un maldito recuerdo. En ese momento comprenderás muy bien de qué tratabas de escapar. Inútilmente. Y caerás muerto por última vez.

## BASTA

Me dijo basta, ya está bueno, no tengo por qué aguantar tus sandeces. Le dije basta, no sigas por ahí, el tema de la sandeces mías ya está agotado, yo digo lo que me da la gana y la que debes pararte en seco eres tú. Me dijo claro que hablas puras sandeces, y más que sandeces ya son auténticas pendejadas las que dices, o más bien estupideces absolutamente insostenibles. Pues fíjate que esa es exactamente la impresión que tengo de lo tuyo, le dije, y ella entonces, exasperada, me contestó que idem idem, y que si volvía a abrir la boca me metía un puñete. Pero el puñete en realidad se lo pensaba dar yo en medio de los ojos aplastándole la nariz, lo vi clarito, lo gocé como si hubiera sucedido, que no se fuera a creer que porque era mujer me iba a quedar cruzado de brazos ante sus impertinencias. Pero en ese momento pareció leerme la mente porque ante el peligro que corría me zampó en un relámpago el puño en medio de la cara, agresivo gesto desafortunado, poco femenino, y ya no tuve nada más que alegar. Así es que, mientras con un trapo empapado en alcohol me apaciguaba la sangre que me escurría por las fosas nasales, me senté a escribir este cuento en el que en vez de sentarme con el trapo húmedo a crear pasivamente un relato, más bien le planto una gran patada voladora en medio de la cara. Pero la verdad es que en seguida tuve conciencia plena de que mi arrojo en respuesta a su cobardía sólo sucedía en el papel, y eso me dio mucha rabia. Debo hacer algo real, que de verdad le duela a la cabrona, pensé, esto no puede quedarse así. Fue cuando presa de la ansiedad me dije ¡Basta!, y escapé del sueño. Pero al mirarme en el espejo la hinchazón descomunal aún estaba ahí, deformándome la cara.

## UNA SOLA CARNE

Lo raro era que siendo tan seductora se creyera anodina y hasta fea. Los hombres la asediaban a toda hora y las mujeres no dejaban de admirar su involuntaria capacidad de convocatoria con cierto dejo de envidia. Algún enraizado complejo debía estarle minando la autoestima requerida para sacarle provecho a su magnetismo. El caso es que prefería mantenerse alejada de pretendientes y huérfana de amigas. Hasta que apareció el que yo era, y como quien no quiere la cosa fui colándome en su vida. Con el tiempo llegamos a identificarnos a la perfección. Así hemos atenuado nuestras mutuas carencias convirtiéndolas en insospechados caudales, e intercambiado poco a poco destrezas e intereses.

La progresiva fusión emotiva es hoy absoluta y se ha vuelto física: en esta casa empezamos a convivir dos personas hace un año y ahora somos una sola. Un nuevo ser andrógino que tiene todas las ventajas del mundo sobre el común de los mortales, porque igual se nos activa en ciertas circunstancias nuestra parte femenina, que la masculina en otras; y esto nos permite una grata dualidad. Y esa integración que ahora nos congrega como en la Biblia en una sola carne, se consolidó la noche que intercambiamos roles y ya no pudimos volver a ser lo que éramos: Ella me fornicó trepidante con mi ansioso pene y yo la recibí aullando con su húmeda vagina. No es fácil de creer; pero de la cama, mucho tiempo después, se levantó un solo cuerpo que nos contenía a ambos, y que aún hoy cambia de apariencia según convenga.

## A MIS ESPALDAS

*(Para Fernando Burgos, destacado crítico chileno)*

O lo cuento en una narración que procure la naturalidad y fluidez necesarias, o bien me pongo a meditar y voy redactando mis ideas al respecto. ¿Creación o reflexión; cuento o ensayo? He ahí el dilema. Esa es siempre la duda, a veces el conflicto conmigo mismo. Porque obviamente les puedo relatar el suceso escueto situándolo en su contexto, tratando de dar fe de los rasgos generales de su apretada secuencia, matizándolos con los detalles que importan para que se entienda mejor el sentido del asunto. Pero también podría –qué duda cabe- intentar un análisis de lo ocurrido e ir dando mi interpretación. En cualquier caso, es claro que una objetividad absoluta no habrá, por más que lo intente, en ninguno de los dos procedimientos, ya que uno tiene su manera de percibir la realidad (también la irrealidad); y, asimismo, una forma muy particular de narrarla o de entenderla. En todo caso, yo les pregunto: ¿no dice cada quien su verdad, a su modo y según su mejor criterio, cuando ha sido parte de ella? Otra persona contaría las cosas, o discerniría en torno a ellas, de acuerdo a su propia visión; a su muy particular entender. Y yo les garantizo que hay muchas formas de percibir la realidad (o la irrealidad), según quien la perciba. Por supuesto, la objetividad, como tal, no existe. Y mucho menos cuando el absurdo se cuele por los resquicios de lo cotidiano de forma tan natural que ni nos inmutamos.

Bueno, todo este largo rodeo para decirles que no tuve más remedio que plegarme a sus caprichos. Era una mujercita bella pero poco sana, incitante pero atrozmente imperativa. Y, acaso por la enfermedad que la mantenía más o menos postrada, tenía a menudo muy mal carácter. Así, por mucho tiempo me vi obligado a

dejar de escribir sólo por complacerla. Por razones económicas vivíamos desde hacía un año en uno de esos inverosímiles cuartitos minúsculos de soltero que son todo a la vez: sala-comedor-habitación-baño-cocina. Por lo que ella siempre me estaba vigilando.

Al principio, antes de desafiarla, creo que la quería un poco, y por supuesto pese a todo la deseaba. La verdad es que en esos meses yo realmente le dediqué todo mi tiempo, mi energía completa. No escatimaba esfuerzo tratando siempre de complacerla en cuanto me pedía. Pasó el tiempo, y yo sufría sin escribir una palabra. Porque mis palabras todas eran para sus oídos: bondadosas, laudatorias, complacientes, obsequiosas siempre: e irremediabilmente el verbo se hacía carne múltiples veces al día. Además, me acostumbré a darle de comer a horas fijas; le contaba historias reales o ficticias que la entretenían; le masajeara el cuerpo agarrotado para quitarle la tensión, acumulada más en los pensamientos impuros que la acechaban que en sus músculos y articulaciones. Pero sobre todo le hacía una y otra vez el amor, ella lo exigía. Y es que, la verdad, nunca estaba por completo satisfecha. No sé si era una ninfómana incapaz de lograr total complacencia, o si el placer obtenido no le duraba siquiera a mediano plazo, para el caso es lo mismo. No lo sé, y ya no interesa. La cosa es que nunca me dejaba en paz. Yo no tenía vida propia. Y de tanto fornicio me fui quedando casi en los puros huesos, y no exagero.

El día que finalmente le di la espalda y me senté a escribir de cara a la pared, rompiendo todas las promesas e ignorando enardecidas órdenes primero, gritos en seguida y súplicas lastimeras después, la mujer se volvió energúmena. Con los puños cerrados se golpeaba, por todos lados se pellizcaba, se mordía, se rasguñaba toda como una loca. Y en un santiamén, no sé cómo, ella misma quedó hecha trizas –literalmente-,

sentada en el centro de la cama. Pero es que ya no me la aguantaba, me tenía más que harto. Mientras tanto, el texto, desatado, alimentándose de sí mismo, fluía sobre el papel –yo redactaba a mano- en total libertad.

Ya casi terminaba de escribir el cuento que como un imán me había estado llamando desde hacía tiempo, cuando por casualidad miré por el espejo que tenía enfrente y entonces la vi más pequeña, más vieja, amoratada, completamente cuarteada la piel, toda despellejada, desmadejándose. No quise voltearme pero seguí viendo en el espejo cómo se desmoronaba a mis espaldas sobre el amplio lecho. Debió ser inmensa su frustración y su rabia contenida, porque en veinte segundos sólo quedaba de ella un discreto reguero de inverosímiles huesitos y pellejos. ¡Una verdadera porquería!

Dejé en suspenso el final de mi relato y, más curioso que complacido, me acerqué a lo que quedaba de ella. ¡Era increíble! Respiré profundo, varias veces, para asimilar lo ocurrido. Después, lentamente recogí con ambas manos esas sobras feas que ahí había y las eché sin mucho escrúpulo al escusado.

Todavía oigo correr el agua a mis espaldas tras halar la cadena mientras regreso a la mesa de trabajo y con pulso seguro termino fácilmente el cuento, que por supuesto es este mismo que ahora les entrego satisfecho.

## FRACTURA

Mirar por una ventana es fácil. Lo que uno puede llegar a ver al otro lado es lo extraño, lo realmente inverosímil a veces. Se lo digo yo que desde niño miraba todos los días y sólo percibía cosas normales: carros de los cuarentas y cincuentas –oldsmobiles, dodges, buicks, packards, chevrolets, pontiacs, fords, chryslers- desplazándose sin prisa por la calle de enfrente; gente que camina con tranquilidad por las dos aceras, sola o acompañada, yendo y viniendo; y al fondo, muy atrás, la silueta recortada del mar: tranquilo, hermoso pedazo de espejo azul, brillante bajo el esplendor del día, hasta perderse en el horizonte. Siempre lo mismo, lo usual, eso que uno podía esperar. El cotidiano movimiento enmarcado en la escena previsible, la composición idéntica a sí misma, el cuadro ese que desde siempre veía una y otra vez con muy pocos cambios pese a los años que pasaban lentos. Pero resulta que han transcurrido treinta años, ahora soy un adulto, y desde la misma ventana de mi cuarto, al que he regresado de visita tras la congoja de enterrar a mi madre, he visto algo muy diferente. Créame, se lo digo yo que todavía estoy deslumbrado por esa insólita visión. Los carros, más modernos, más veloces, siguen pasando. La gente, con la ropa colorida que ahora se usa, también. Es de lo más lógico, sí. ¡Pero –me estremezco- el mar, Dios mío, el azul mar de mi infancia no está! ¡Desapareció! ¡En su lugar, allá atrás, como una costura abierta al vacío, sólo un hueco gris, fractura, ausencia imposible! ¡Nada!

## UN HOMBRE HONESTO

*(Para Claudio de Castro, que sabe de magos y de gente honesta)*

Se llevó el gran vaso transparente de agua helada a los labios y dulcemente tragó. Con auténtico gusto siguió tragando sin prisa pero manteniendo un sostenido y gozoso ritmo interior. En verdad era obvio que disfrutaba mucho el agua. Hasta que poco a poco se la terminó toda. Después, en un acto reflejo se puso a llorar y no dejó de hacerlo genuinamente hasta que en el vaso hubo recogido, no sin evidente dificultad, todas sus lágrimas. El agua, traslúcida, se veía tan clara o más que la que se había tomado. El público, complacido, aplaudió. Lógicamente, el segundo proceso fue más lento y laborioso que el primero, pero igual de auténtico. Porque no se vaya a creer que eran lágrimas falsas, ni que era él un simple mago o payaso haciéndose el interesante ante los niños en una fiesta o en un circo. Sólo ocurría que la mucha sed habitual del caluroso país al que había arribado meses antes lo obligaba a tomar agua a menudo, y luego su cuerpo se las ingeniaba para transformarla en lentas lágrimas sin necesidad de tristeza alguna en menos de lo que se persigna un ñato. Era pues un fenómeno, sobre todo porque esto podía hacerlo una y otra vez y hasta ocho veces seguidas sin mayor esfuerzo. Y a la gente le gustaba. Por lo que a la larga decidió poner una tolda en una esquina de la calle y cobraba lo que quisieran dar por el curioso espectáculo. Y la gente iba a verlo, sobre todo los niños del barrio, e incluso llegaban de otras partes de la ciudad. Cada quien le depositaba en el sombrero lo que podía. Y durante cuatro calurosos meses era suficiente. Hasta que se acabó el verano y se murió de muerte natural la sed y por tanto también desaparecieron sus lágrimas. No se podía pelear con el propio cuerpo. Además, él era un hombre

honesto, y no iba a hacer algo que no fuera natural. Así es que cuando eso ocurrió simplemente desmontó la tolda, vendió la lona y se fue quién sabe para dónde, silbando, tan campante.

## SUEÑOS DE BACTERIA

Hay quien entra y sale de los sueños como Pedro por su casa. Incluso más fácilmente, ya que se desliza por los bordes como si no existieran fronteras, como si el único límite fuera la falta de imaginación. Y no le preocupa en lo absoluto si está dentro o fuera, es algo que simplemente no se plantea, no interesa. Por eso puede ese tipo de persona renunciar sin más a su propia identidad, al seguro piso de su casa, y andar por las paredes o desplazándose por los aires ignorando cualquier indicio de que exista una fuerza de gravedad. Para ellos no existe la física, y la geografía es un viejo canto de sirenas tan utópico como los sucesos consignados por la Historia. Lo único que cuenta es eso que sucede, su fluidez benéfica o maligna rompiendo esquemas, la historia de cómo ocurre lo que pasa, y también lo que aparentemente no sucede porque no se dan cuenta de ello o se le ignora. Todo lo que podemos imaginar podemos hacer, es su filosofía de cabecera. Y lo que no podemos imaginar, también. Para gente así, en resumen, sólo importa lo que importa. Lo demás no existe, hasta que exista.

Por eso puedo salir fácilmente de una gota de sudor y quedarme un rato en el dorso sucio de una mano innominada que poco después se frota contra el ojo de alguien, a la larga irritándolo sobremanera. Alguien que, arrobado, contempla un estupendo amanecer por el ojo de una aguja. No me da la gana de morirme cuando desde la sangre me atacan los antibióticos de siempre. No en balde me hice resistente en otras batallas, en otros sueños que acabaron siendo pesadillas para sus oficiantes. Porque al igual que ahora, en otros sitios he sabido hacer estragos. No por maldad sino por supervivencia. También nosotros tenemos derecho a sobrevivir. Dirán ustedes que no hay nada de onírico en este antiquísimo principio de la biología más elemental. Pero es que no sólo

entro y salgo del cuerpo como de los sueños a mi antojo, sino de las vigiliias que velan los sueños de los sueños. Y es que nunca sé si soy real porque el cuerpo que vive mi sobrevivencia está despierto, o si lo soy porque viajo en un sueño por la piel de quien es soñado. Para el caso es lo mismo. Existo porque me piensan y pienso porque existo. El orden de los factores no altera el producto. Y en todo caso no hay nunca un antes rotundo ni un definitivo después. Ni cómo saber si me convierto en infección paralizante o seré exaltado por un rostro de hinchados rasgos tumefactos. En el fondo todo es, ya se sabe, un eterno presente. El cuento de nunca acabar.

Hay quien entra y sale de los sueños, sí, parodiando a las bacterias que en realidad no saben bien a bien lo que hacen, y sin embargo son felices mientras otros sufren horrores. Somos felices, hasta que nos quitan la piel infectada, el piso que nos sostiene, los sueños propios y ajenos... Como ahora –¡qué le vamos a hacer!- que se acaba este texto y no puedo más sobrevivir...

## SANSEACABÓ

Sólo diré que desde el primer momento me resultó especialmente atractiva; eso, nada más. Y fue suficiente, más que suficiente, sí. Porque quedé prendado de ella, de forma irremediable y fatal. Fatal, porque hubo consecuencias. Tremendas consecuencias. De ésas que lo atan a uno y lo tiranizan por largo tiempo. Doce años, en mi caso. En el de ella, si acaso hubo una atracción similar, sólo meses. Tal vez tres o cuatro. Nada más. Porque bien pronto me puso los cuernos y, sin renunciar a mí, lo siguió haciendo el resto del tiempo. Es decir, ¡doce años: toda una vida! Y tal era mi devoción, mi dependencia, que yo, enamorado perdido, lo sabía y permití que ocurriera, que continuamente se mantuviera el engaño como algo normal y cotidiano sobre lo que sin embargo nunca se hablaba. ¿Y sabes por qué? Sí, exactamente -¿por qué más?-, por no perderla. Pero un día, por primera y única vez, la seguí al salir de su trabajo. La vi tomar un taxi -yo iba en mi carro y me mantuve a cierta distancia-, bajarse en las afueras de la ciudad en una dirección mucho más lejana que la nuestra. Caminó hasta un amplio chalet y tocó el timbre. Un hombre le abrió, se abrazaron, entraron. Ahí estuvo más de tres horas. Tremendamente tenso, furioso en realidad, a punto de estallar por esa desesperación tanto tiempo contenida, estuve a punto de irrumpir por una ventana cuando noté que llegaba un taxi, que obviamente habían pedido. En seguida se abrió la puerta y salieron abrazados. Se besó con el tipo frente al taxi, le dijo adiós con la mano; después ella se subió y partieron.

Una hora después -era la hora del tráfico- llegó a casa. Pensé llegar antes y esperarla, pero después preferí darle esa última oportunidad de engaño fácil y fui yo quien fingió llegar tarde. Por supuesto, tuve que comerme una vez más la rabia, la

frustración que ya era una vieja costra viva a punto de reventar bajo la presión de la pus. No sé cómo, al final, pude sosegar-me. Incluso logré idear muy bien lo que haría. Pero, ¿sabes qué?, no pude hacerlo. Más bien hice todo lo contrario. Porque lo que iba a decirle, pendejo de mí, era que ya no la quería, que tenía una amante con la que acababa de estar, que durante años la había estado engañando con ella, que por favor se fuera de la casa para yo poder ser feliz al fin. Sólo que cuando entré a nuestra habitación y simulé cariño una vez más abrazándome y besándome con una pasión que no parecía fingida, estallé. De un empujón la hice a un lado.

- ¡Lo sé todo, desgraciada! -le grité- ¡Ya he aguantado suficiente todos estos años!  
¡Coge tus malditas cosas y lárgate!

Apenas lo dije creí que con su ausencia me moriría. Por supuesto, ella quiso enredar mi ánimo, convencerme de que cualquier ofensa cometida era inferior al amor inmenso que pese a todo continuaba sintiendo por mí. Intentó volverme a abrazar, ya casi lo lograba. Urgido por sus besos y por la intensidad de sus caricias, o preso de una inútil discusión inminente, me sentí flaquear. Para defenderme, en ese instante estuve a punto de golpearla. Pero entonces, no sé cómo, nuevamente airado, exclamé tajante una simple expresión antigua que ella nunca me había oído, que yo mismo no reconocí como parte de mi vocabulario -apenas ahora la reconozco como propia de mi abuela-, pero que tuvo la fuerza contundente de una sentencia:

- ¡Sanseacabó!

Se fue sin decir una palabra. No he vuelto a saber de ella y, como ves, no me he muerto. Nadie se muere de amor.

## MONTERROSO

*Para Héctor M. Collado,  
que sabe de minicuentos y dinosaurios trasnochados*

No había nada ni nadie a su lado cuando despertó. Monterroso se sintió afrentado. Nunca le habían hecho algo así. Ante tal desplante no hay defensa posible, pensó. Y el gran Tito comenzó a morir, de rabia más que nada. Pero en realidad el sueño largo que fue su vida resultó más bien fructífero, y muy respetable su carrera de escritor. Hasta que despertó, y el dinosaurio que sí esperaba encontrar junto a él esta vez se había marchado. Entonces, ofendido nuevamente en su ser más íntimo, trató de precipitar con el pensamiento su muerte verdadera. Para bien del arte literario, fue de fracaso en fracaso en sus intentos reiterados. Lo cual significó –a menudo surge justo a tiempo una sutil o dramática ley de compensación, como el *deus ex machina* legendario- el poder ir de éxito en éxito como escritor. Hasta que de verdad –suele suceder- lo alcanzó la pelona. Y de eso ni Dios, que en un momento de ofuscación creó a ésta, pudo salvarlo ya.

## DOS Y DOS SON CINCO Y MEDIO

Yo digo todo el tiempo que dos y dos son cinco y medio pero no hay manera de que me crean. Dicen que esas son mariguanadas mías; que la aritmética, como sus hermanas mayores las matemáticas, es infalible; y que en este caso aquella antigua ciencia ha declarado desde siempre que dos y dos son cuatro. Es como la ley de la vida, pontifican comparando: naces, te desarrollas (si acaso antes no te parte un rayo a medio camino hacia la adultez) y tarde o temprano te mueres. Igualito que los resultados fijos de sumas, restas, multiplicaciones y divisiones, dicen. Son normas que no se pueden torcer. Y resulta inútil que yo insista y les ruegue escuchar mi explicación. Uno no se pone a oír idioteces, afirman exaltados, dan media vuelta y se van.

Pero sé que tengo razón, no importa que yo sólo sea uno contra el mundo entero, que todos se rehúsen a entender:

*Dos más dos son cinco y medio.*

¿Ven? Ahí está la frase redactada otra vez, impecable, de una sintaxis ejemplar, lógica; sin duda gramaticalmente perfecta en su breve estructura imbatible. Y la gramática nunca miente, ¿sí o no, lector amigo?

## EN RESUMIDAS CUENTAS

En resumidas cuentas, lo que ha determinado su angustia es la mirada esa que la taladra. Insondable, inquisitiva, carente de cualquier contención ni recato, desde el principio la mujer se sintió intranquila en su más íntimo reducto bajo aquel pertinaz escrutinio. ¿Cómo relajarse y estar a gusto consigo misma con esos ojos terribles horadando los linderos todos de su privacidad, desmenuzando sin palabras pasado y presente de sus actos e inseguridades? ¿Dónde refugiarse a estas alturas -¿a estas honduras?-, si nada más se tiene a sí misma como confidente y amiga, y aun eso parece estar en duda ahora?

Inexorablemente neutral, el espejo hace poco después su puntual trabajo: refleja la patética minucia del suicidio.

## FUNDIDOS

Siempre había oído hablar de “*Perico de los Palotes*”. Su usual anonimidad, el tono despectivo con que se le nombraba, me remitían necesariamente a alguien sin importancia, un don nadie. Era un poco lo contrario de la alusión, también cotidiana, a cuando alguien llega tan campante y se acomoda donde no le llaman, alguien que se instala sin pedir permiso en territorio ajeno y se comporta como “*Pedro por su casa*”. Pues resulta que en esta ocasión llegaron juntos -yo los vi- Perico de los Palotes y Pedro por su casa. En perfecta armonía; como quien dice dos caras de la misma moneda, se presentaron como hermanos y con gran solemnidad pidieron alojamiento. No me pude negar.

Tres días después, al marcharse, en vez de salir juntos, lo hicieron fundidos, un solo cuerpo y su sombra. Después entendí que en realidad Perico de los Palotes llegó a la pensión como Pedro por su casa –una sola actitud, un alma-, y que también sin mayor trámite se marchó. En el fondo era un solo desplante.

## A TIENTAS

*Amada de los párpados de nieve:  
¡qué cerca y lejos el amor tan leve,  
doliente llanto en el azul azar!*

“ Las estrellas del cántaro”, *Selva* (1995)  
Porfirio Salazar

En algún sitio va tu silencio necio encendido de ternuras, busca su horizonte, anhela enraizarse en el recuerdo que es vivencia exacta y atmósfera difícil de reproducir, amada de los párpados de nieve. Silencio eterno que busca ser recordado en tu persona que entrañable se me desdibuja. Procuero retener tu imagen, somatizarla a conveniencia, pero me elude. Nuestra historia, efímera, no se deja atrapar, acaso porque ha dejado de ser memoria y sólo es un torpe deseo de recuperación. Y sin embargo, aquí estoy contemplando esquivamente lo que fuimos, lo que pudimos haber hecho de la vida. La nuestra que dejó de serlo al marcharte, niebla ahora, hondo silencio.

Lo único claro es que no hay nada claro, salvo que nada es igual ya a sí mismo, ni es este tiempo que hoy me vive aquél que te bebiste a boca de jarro en una sola noche cuando sepultaste sin consulta posible nuestro idilio. Tampoco existe ya el sitio donde alguna vez fuimos primavera y en seguida exacerbación de todas las pasiones hasta agotar la fiebre que llegó a consumirnos. Ya no estás, y eso es lo único que lamentablemente cuenta, lo que aquí procuro sin éxito contar.

Las horas en que siembro a diario mis pasos se congelan abriéndole senderos imprevistos a lo que era un solo camino conocido. Lo que hago o dejo de hacer me importa un bledo y termina por engarzarse en cualquier refugio construido por la inercia.

En la mente nacen y fenecen inútiles lamentaciones, vagamente se perfilan los augurios. Una lejanía incierta que se extiende me acerca a los fangos de la angustia doblegando la prudencia, multiplicando el sinsentido, vaga memoria que pierde sus contornos y va limando los contextos. No puedo ya nombrarte, te me borras con cada golpe de aliento. No hay historia, los momentos idos disolvieron sus antiguos filos, se ha esfumado toda comunicación. Empiezo a olvidar que fuiste, que existimos juntos alguna vez, que existo sin ti, que existo. Sólo este lenguaje, fragmentariamente, conserva algún resquicio de memoria...

    Escribo a tientas para retener siluetas, migajas de palabras alusivas, tratando de fijar la imagen imposible. Me miro escribir, olvidar que miro, que escribo. Ya no soy, sólo sueño que fui, que me sueño escribiendo. Sueño apenas que me sueño soñando. Sueño que te quiero sueño, que te quiero...

## ES DISTINTO

Ese día pensé que lo había visto todo. Porque aquello fue algo de tal magnitud, tan espectacular, pero tan increíblemente real, que difícilmente se repetiría. Y en verdad nunca se repitió aquello -pasaron cuarenta años-, hasta hoy. De otra manera.

Cuando desperté, volví a encontrarme junto a mí al maldito dinosaurio. Yo, a las seis de la mañana de un día que se anunciaba esplendoroso, tendido a medio vestir en la negra arena finísima de Mocambo, una playa del puerto de Veracruz, en México; el monstruo aquel a mi lado, inmensamente erguido sobre sus dos patotas traseras, como un perro fiel que me cuidara; mirándome sin inmutarse desde su altura inmensa; meneando tras de sí, a un lado y otro, la gigantesca cola escamosa, como si nada.

La verdad es que no recordaba cómo había llegado a ese sitio al que sin embargo reconocía de los tiempos de mi lejana juventud –el lugar no había cambiado casi-, pues la última vez que tuve conciencia de mi ser estaba paseando con mi mujer por los predios de la Feria de las Flores, en Boquete, Panamá. Y al sauro ese, que esta vez no me causó mayor temor, también lo recordaba claramente: era la segunda vez que al despertar me lo topaba a mi lado en actitud del todo amistosa, muy tranquilo, como si me cuidara de algún peligro real o imaginario. Primero había sido de niño, en Portobelo, allá en mi Colón natal, en un sueño que entonces creí realidad. Y ahora otra vez, aunque en una realidad que más parecía un sueño, cuatro décadas después, como si fuera ayer, sólo que nuevamente estaba en esa otra playa mexicana casi olvidada en la que en la primera ocasión había visto alejarse a lo lejos, a toda velocidad, un plato volador en la madrugada, iluminando con su súbita trayectoria un cielo oscuro que lentamente empezaba a clarear pero que seguía tachonado de estrellas. La nave aquella era tan real

entonces como no lo era el dinosaurio que soñé poco después, y que ahora sí que estaba junto a mí.

Movió de un lado al otro el ancho cuello y fue inclinando la cabezota hasta estar casi a la par de la pequeña cabeza mía cuando me puse de pie para mejor contemplar su enorme estatura. Entonces, por un momento, mis ojos estuvieron muy cerca de los suyos. No sentí miedo sino gran curiosidad. Fue un largo intercambio de miradas de apenas segundos. “¿Por qué reapareces después de tantos años, ahora ya no en un sueño sino en una realidad que ni siquiera es la mía”, quise saber. Y aquel prehistórico ser debe haber entrado en mi pensamiento porque casi enseguida, aterrado, sentí en mi mente que respondía: “Porque la otra vez no quise comerte en un sueño; además, eras sólo un niño, no era justo... Ahora estás despierto y tengo hambre y es distinto”.

Y sin más abrió las enormes fauces y me engulló.

### **TRES ESCENARIOS DE IMPUNIDAD, EL MISMO**

- Lluve –dijo sorprendido el menesteroso anciano en una calurosa tarde de verano. Pero no tuvo dónde refugiarse y quedó empapado y largamente a la intemperie. La pulmonía lo mataba días más tarde en un zaguán cualquiera ante la falta de medicamentos y cuidado. Vivía en la calle, a nadie le importó.

- Esto es un asalto –rugió el hombre, pistola en mano, una vez dentro del banco al que había vacilado tanto en entrar.

- Y esto una trampa –replicó el guardia de seguridad que salió de un recodo del recinto acompañado de dos agentes más, todos armados de escopetas con las que no tardaron en acribillar sin piedad al asaltante que ya había tirado al piso su arma y empezaba a levantar sus temblorosas manos para rendirse.

Los guardias fueron absueltos en el juicio que se les siguió, pese a los factores atenuantes que salieron a relucir a favor del hombre muerto, padre de cuatro hijos y desempleado. La pistola era de juguete.

- ¡Coño, quítense de la vía, estúpidas! –gritó el busero poco antes de pasarles por encima a toda velocidad a la mujer y a la niña que aquella llevaba de la mano, quienes en ese momento cruzaban tranquilamente la calle por entre las bien trazadas líneas de seguridad.

Un año después el chofer, apresado poco después de darse a la fuga, estaba libre y manejaba el mismo bus, muy quitado de la pena.

Entonces, molesto ante su impotencia, dejó de escribir. En el minúsculo país donde nació todo seguía igual.

## PARA QUÉ

Está lleno de agujeros. Como uno de esos curiosos quesos Roquefort. Sólo que mucho más consistente y redondeado, muy duro en realidad, calizo. Sólido, pese a tanto hueco. Las cuencas vaciadas y esa boca que ya no lo es entreabierta mostrando lo que queda de los manchados dientes.

Parece contemplarme fijamente mientras lo sostengo entre mis manos. Inútilmente me contempla. Deben haberle vaciado encima el cargador entero. Por instrucciones mías, claro... Nadie lo quería tanto como yo. Nadie. Todo lo hacía bien, a todos complacía. Siempre fue el hijo predilecto, el mejor de los dos hermanos, el de la suerte. Tanta, que hasta se quedó con la mujer que yo amaba.

A veces lo echo de menos. Ya no tengo a quien odiar. ¡No me mires así, coño! No sé para que te guardo aún. ¡Pensar que a veces te confundían conmigo porque éramos gemelos, y que cuando me toque a mí irme seré yo quien termine pareciéndome a esta desoladora fealdad de tu maldita calavera!

## TWILIGHT ZONE

Hay una hora ambigua del día en que no se sabe si amanece o anochece. La luz podría estar surgiendo en el horizonte o empezando a perderse, y si uno sale a la calle sin noción alguna del tiempo, bien puede confundirse sin remedio hasta que en el ambiente termina de entrar plenamente la claridad o ésta acaba por esfumarse. Me ha ocurrido un par de veces ese desconcierto, la sensación un tanto absurda que entonces nace y me roe un rato las viejas certezas haciéndome dudar.

Algo similar ocurre cuando escribo textos como el que me ocupa, inciertos, sin un sentido de dirección previamente establecido. Textos en que no parece haber trama alguna, ni atmósferas definitorias, ni personajes. Textos en que la escritura misma es todo y además la única razón de ser. Textos, en fin, como éste, que en el fondo sólo parece hablar de sí mismo, y del que uno no sabe si modestamente entrará a una zona de luz, y con él quien lo escribe, o si será absorbido por la oscuridad hasta quedar anulado, borrado de toda posibilidad de lectura, y su autor por tanto también desaparecerá sin dejar huella. La única forma de saber qué habrá de resultar de esta indefinición es seguir escribiendo, como en aquel otro singular momento de ambigüedad lo es siempre el continuar siendo parte de la escena hasta que amanezca o se haga de noche.

Así es que permanezco aquí, no dejo de escribir, lo hago tratando de hallar un sentido a lo que llevo redactado y a lo que vendrá, hasta que lo que tenga que pasar pase y el texto encuentre su razón de ser, si acaso es posible. Por eso insisto.

Por más que escribo no hallo hacia dónde seguir, qué más inventar, una forma válida de justificar el esfuerzo que ya va cayendo en una suerte de círculo vicioso, tal vez

inútil –palabras que sólo son palabras que hablan de palabras-, del que finalmente descubro que no hay manera de salir.

Decido cortar por lo sano, simplemente dar por terminada la escritura. Entonces compruebo que el tiempo ha pasado: la noche, rotunda, ha caído. Entiendo que eso está bien porque es parte del ciclo vital: la luz y la oscuridad son parte de una misma ecuación, como la vida y la muerte, como escribir y no hacerlo. Comprendo al fin que todo tiene su momento, su importancia, un cierto sentido. Y por supuesto un terminante, inevitable, final.

## TEXTO DE CONTRAPORTADA

**Todo es nuevo bajo el sol**, que congrega 40 minicuentos recientes del prolífico escritor panameño Enrique Jaramillo Levi (1944), ofrece al lector exigente el singular logro de una fusión permanente de lo metafísico con lo existencial en concentradas historias que, como instantáneas imprevisibles, auscultan las más osadas galerías del erotismo y la metaficción. Minificciones como “Tiempo justo”, “Nadie”, “Oídos sordos”, “Encuentro”, “Basta”, “Fractura” y “Por qué”, entre otras reunidas en esta nueva obra, son dignas de la más exigente antología hispanoamericana.

Autor de 14 colecciones de cuentos, 10 de poesía, 6 de ensayos, 2 de obras teatrales, y una importante labor como antólogo de literatura mexicana, centroamericana y panameña, Jaramillo Levi se desempeña también como promotor cultural, profesor universitario, investigador y editor. Sus libros más recientes: **Entrar saliendo** (poesía, 2006); **En un instante y otras eternidades** (cuentos, 2006); **Gato encerrado** (cuentos, 2006); **Cuentos enigmáticos** (2006) y **Gajes del oficio** (ensayos, prólogos, entrevistas; 2007).

Como una paradoja por resolver, el editor Tangencio Barrioviejo se impone la tarea de rescatar los relatos inéditos del escritor Lisandro Javier Endecha, quien a su vez se convierte en el primer hombre que asume su fama y genialidad en el laborioso espectro de la muerte, al descubrir, luego de años de análisis, que **Todo es nuevo bajo el sol**. Paradoja, por demás, auténtica ya que la circunstancia humana, en apariencia, es la misma pero contradice, con lógica inusual, el refrán popular que argumenta que "no hay nada nuevo bajo el sol". Una ironía que nuestro escritor ~~Enrique Jaramilla Levi~~ impulsa como recurso filosófico en esta colección de microrrelatos. Las micro historias acá contadas están cargadas de una gran sagacidad, hechos cotidianos que nos sorprenden al ser transformados, por el autor, en una reflexión acrisolada. Entonces, querido lector, aborde estos microrrelatos y descubra cuál de todos es el sol que le corresponde.

Armando Rivera

